

ME PIDO BLANCAS

Una mancha de vino en el mantel, y un par de posos color roble era todo lo que quedaba del Sangre de Toro que habían descorchado hacía apenas una hora. Las copas reflejaban el brillo titilante de las velas del ático. Arsène, con mucha constancia, había conseguido por fin llegar al delicado momento del último trago. La habitación era roja, con una mesa de dibujo blanca perfectamente ordenada. Al fondo, una puerta del color de los ojos de Elissa hacía que Arsène se imaginase que podía mirar a través de ellos. Elissa, una estudiante de bellas artes romana, heredaba de un linaje secular unos cabellos rizados y castaños; y una faz angulosa y proporcionada.

Arsène había disfrutado mucho de la cena. Después de tanto tiempo intentando entrar en la habitación roja, había saboreado cada momento, cada segundo. Sabía que Elissa no podía creer que al final él hubiese llegado hasta allí, pero así era.

Arsène y Elissa eran prácticamente vecinos. Desde la cocina del piso compartido de Arsène se veía el estudio de Elissa, aunque no se veía la mesa de trabajo, sino la otra esquina de la habitación, donde había una alta lámpara de pie, negra, con un sombrero de ala ancha blanco con una cinta negra colocado sobre la bombilla, a modo de pantalla. La luz, amortiguada de esta forma, daba a toda la sala un ambiente cálido... suficientemente cálido como para que Arsène no dejase de imaginarse quién sería la chica de la habitación roja cada vez que fregaba los platos. Entre su ventana y el pequeño balconcito del que disponía Elissa, se sumergía una caída de seis pisos de techos altos, que iba a parar a un enorme patio interior de un *quartiere* romano. El *quartiere* consistía en una serie de patios traseros comunes entre los edificios de la manzana. De forma que las habitaciones de Arsène y Elissa quedaban en lados opuesto del cuadrado, y ambas daban al interior. Bajo ellos, el frío abaldosado. Sobre ellos, la luz anaranjada de Roma.

Pero cuando Arsène miraba por la ventana de su cocina, blanca y verde, sólo veía noche, oscuridad y un rectángulo rojo abierto en la negrura. Un rectángulo rojo y, a veces, una silueta de mujer. Noche tras noche, antes de acostarse, ya hubiese habido una cena en casa o una charla con sus compañeros de piso, el pobre Arsène se asomaba a la ventana, soñando con los encantos de la dama de la habitación roja.

Pasaron los días, pasaron las semanas y los meses, y, cuando se quiso dar cuenta, era otra vez otoño. No había servido buscarla por la calle. No había

servido mirar en los buzones del otro edificio, y a Arsène se le iban acabando los recursos. Cuando Raffaele, su compañero de piso, se lo encontró en el parque junto a su casa, practicando salto de longitud, le preguntó que hacía. “Necesito lograr un salto de cincuenta metros.” le respondió. Arsène había bajado al patio interior comunitario y había calculado el espacio entre las dos ventanas. “¡Pero estás loco! –le dijo Raffaele– ¡El récord mundial de salto de longitud es de unos nueve metros!”

- Pero ninguno de los deportistas de salto de longitud salta por amor.
- Tú no estás enamorado, sólo quieres meterte entre las piernas de la chica de la habitación roja.
- Ninguno de los deportistas de salto de longitud saltan para meterse entre las piernas de nadie.

Así que Arsène siguió practicando durante días, semanas y meses. En el parque era ya muy conocido. Era un héroe para los niños, y los viejos le decían que debería presentarse a las Olimpiadas, pero Arsène les respondía que los únicos aros que quería ver eran los pendientes de la chica de la habitación roja.

Un día, cuando casi alcanzaba ya los cincuenta metros, y una multitud se congregaba a ambos lados del estanque del parque, que medía treinta y cinco, Arsène pudo ver una cara nueva. Era Elissa, aunque él aún no sabía su nombre. Sin embargo conocía muy bien su silueta, recortada esta vez contra el verde de los árboles. Ella se acercó después del salto y le preguntó:

- ¿Así que saltas para llegar a la habitación de una chica?
- No, salto para llegar a la habitación roja. La habitación más misteriosa que he encontrado en mi vida. Aunque si allí hay una chica, me gustaría conocerla.
- ¿Y no era más fácil llamar al interfono?
- No sé ni el número ni el portal, tendría que llamar uno por uno a todos los áticos de toda la calle preguntando si tienen una habitación roja, y no soy tan indiscreto ni tan maleducado.
- Pero si entras de golpe en la habitación de una chica, sería allanamiento de morada, y a lo mejor la asustarías.

- Tienes razón... –dijo Arsène, mientras la multitud contenía la respiración– pero si la chica me invitase...
- Entonces no tendrías que hacer un salto de cincuenta metros –le interrumpió Elissa.
- Si la chica me invitase a entrar por la ventana, yo los saltaría.

Elissa sonrió y se fue, sin decir nada más. La multitud la miraba alejarse, con su bufanda al viento y su boina calada. Esa noche, cuando Arsène miró por la ventana, vio un cartel escrito con una bonita caligrafía y letras muy grandes:

MAÑANA ME MUDO.

TE INVITO A CENAR.

Arsène, emocionado, abrió la ventana. Notó cómo un viento frío le revolvía el cabello. Raffaele y los demás ya se habían acostado. Al fondo, la habitación roja tenía las ventanas del balcón abiertas. Retiró la mesa y las sillas. Cerró la puerta y se pegó a la pared del fondo. Era poco espacio para coger carrerilla, pero era su única oportunidad.

Salió corriendo hacia la ventana, saltó hacia ella, apoyó el pie derecho en el marco y descargó toda su fuerza en la pierna para tomar impulso y elevarse hacia las estrellas. Surcó el aire mientras los atemorizados vecinos espiaban detrás de las cortinas. Agitó los brazos como un nadador a punto de ganar el mundial. Pataleó en el viento para ganarle aire al aire... y se estrelló contra la barandilla del balcón. El sonido de su pubis contra el metal sonó como una campanada, y por la fuerza del impacto cayó hacia delante de cabeza, dio una voltereta y acabó con las piernas dentro de la habitación roja y la cabeza mirando a las antenas de su propio edificio. La barandilla había quedado combada.

- ... auch –dijo.

Elissa se acercó cuidadosamente hasta él.

- Menos mal que no te esperaba en el balcón con los brazos abiertos.
- Reconozco que tengo que mejorar el estilo.

Elissa le había ayudado a levantarse y le había acompañado hasta la mesa. Habían disfrutado de una cena ligera. Una mancha de vino en el mantel, y un par de posos color roble era todo lo que quedaba del Sangre de Toro que habían descorchado hacía apenas una hora. Arsène notaba cómo el tinto

coloreaba las mejillas de Elissa. Había conseguido por fin llegar al delicado momento del último trago.

- Elissa, sabes que hace mucho tiempo que esperaba este momento.
- ¿Ah, sí? Nadie lo diría –respondió ella, juguetona.
- Dime la verdad ¿Alguien había hecho algo así por ti?
- ¿Así de peligroso o así de atrevido?
- Las dos cosas.
- Nadie había batido un récord por mí.
- ¿Y qué se siente?
- ¿No lo sabes?
- Nadie ha batido un récord por mí.
- Si quieres, esta noche podemos intentar batir unos cuantos... Así podremos hablar de qué se siente.

Elissa estaba en el punto donde Arsène quería tenerla desde hacía meses. Embriagada, sorprendida y dispuesta. Y sin embargo...

- Sin embargo, me temo que el destino es cruel.
- El destino es despiadado, pero ¿Por qué lo dices?
- Me es imposible levantarme... en todos los sentidos. El golpe que me he dado contra la barandilla ha sido... delicado –dijo Arsène con una expresión íntima de dolor contenido.
- Bueno –dijo ella con un sonrisa divertida y bastante pícara–. Siempre podemos jugar al ajedrez si no te ves capaz de batir más récords esta noche.
- Me pido blancas.